

Panorama Cultural

A CARGO DE M. P. P.

Heroísmo y ensueño en Jorge Isaacs

Allá por los años del 48 al 49, justamente hace un siglo, vivía en la histórica y romántica Santa Fe de Bogotá completando su formación en la segunda enseñanza un adolescente colombiano. Estaba registrado como alumno en el Colegio del Espíritu Santo, fundado y dirigido por don Lorenzo María Lleras. Contaba entonces once años, venía de la provincia y del campo. Había nacido, en efecto, en el dulce valle del Cauca, en la ciudad de Cali, población que está más hacia el Pacífico que cerca del Caribe. No en la vecindad, no del lado de Venezuela como lo están Cúcuta, Barranquilla o Cartagena.

Cuando abrió los ojos al mundo lo hizo en casona antigua frente a la Capilla de Santa Librada. Es el año de 1837, memorable en los anales del romanticismo y del civismo americano, porque es tiempo de vendimia para un ilustre soñador y ciudadano de la Argentina. Es la fecha de la publicación de *La cautiva*, por Esteban Echeverría, autor también del *Dogma socialista* y del *Matadero*.

Hijo de don Jorge Henrique Isaacs, judío inglés, quien vino de Jamaica a Colombia. La madre de Isaacs fué Manuelita Ferrer, hija de español. Son nombres que merecen el recuerdo cariñoso.

La cantera de la sensibilidad extrae su riqueza de una tierra y de un paisaje. Y es destino de hombre, el vivir toda la vida, acompañado por los primeros rumores, por las cosas, los seres, contemplados por la mirada asombrada. La geografía de la niñez de Isaacs es el Valle del Cauca, la misma de su nacimiento.

Es en el Valle del Cauca, también, quien para que se entre en comunicación inefable con su belleza y su dulzura, encuentra el intérprete en Isaacs. La fisonomía poética de aquella bella comarca colombiana se fijará con rasgos inconfundibles, gracias al entrañable amor del sentidor a su paisaje.

Isaacs es de los más exactos líricos de los ríos colombianos.

Habla ahora del Río Moro, corriente enérgica y caudalosa.

Eres hermoso en tu furor: del monte lanzado en tu carrera tortuosa, vas sacudiendo la melena cana que los peñascos de granito azota; y detenido, de coraje tiemblas, columpiando al pasar, la selva añosa. Las nieblas del abismo son tu aliento que en leves copos despedaza el viento.

Pero ese afecto entrañable a Colombia, a la tierra nativa, como de algo hundido en las venas y en el corazón, tiene mucho que ver con el destino torturado y enérgico de Jorge Isaacs.

Es adolescente apenas cuando aquellas sangres calientes que lleva con él, lo empujan hacia el vórtice del existir convulso y sonámbulo que es muchas veces el fluir de los días americanos,

La época en que está inmersa la adolescencia y la juventud de Isaacs fué para América hora dura. Después de la Independencia, en que se derrumbaba la estructura colonial, los pueblos, aún sacudidos por la violencia de la conmoción histórica, andan buscando un orden civil y una estructura democrática y republicana, en forma apasionada y combativa. América, como se ha dicho, oscila entre la anarquía y el despotismo.

Sólo en las últimas décadas del siglo XIX, el continente va a alcanzar en algunas naciones un tanto de estabilidad y de paz. Pero el fenómeno resulta explicable, si se recuerda que se trataba de crearlo todo: la economía, como el texto legal cuya norma rigiera la vida normal y pacífica. Y así lo demás.

Cuando aquello está acaeciendo, el adolescente apenas, interviene y deja su campo virgiliano, y sus sueños, para empujar el fusil en defensa de la vida normal y pacífica de su pueblo. Un caudillo insurge y contra su juego siniestro apuesta su corazón estremecido y místico el David del Cauca. Recordemos que los años del 32 al 61 son una de las etapas de la lucha entre el Conservatismo y el Liberalismo por el poder.

El pequeño David. Manuel Tejada se llamaba el coronel que confió seguro a Jorge Isaacs la bandera de la columna Torres. La anécdota es hermosa, pertenece al romanticismo de la vida civil y al par heroica de Colombia. Igualmente es patrimonio de sus armas. Lo cuenta Max Grillo y la anécdota nos la suministra Mario Carvajal, quien ha escrito fervorosa y bellamente su *Vida y pasión de Jorge Isaacs*.

“Cuando por las calles de Cali pasaba la tropa y sonaban las fanfarrias y los tambores, las gentes salían a las puertas de las tiendas y a los balcones de las casas a contemplar a aquel abandonado que parecía un príncipe árabe envuelto en la bandera de oro, de azul y de sangre generosa, como la que corría por las venas del mancebo de origen judío. Un día, en que la tropa se disponía a marchar, más embargado por la bandera que por el recuerdo de las armas, olvidóse de tomar la carabina el novel soldado. Cuando de su olvido cayó en la cuenta, obtuvo la venia de un jefe para ir a buscar el arma hasta su propia casa. Mas cuando Jorge llega a la morada de la casa paterna, su madre lo aguardaba y dándole la

Ensanche de zonas productoras de petróleo crudo logrado por Petróleos Mexicanos, durante octubre de 1950

En el viejo campo productor de El Plan, Municipio de Minatitlán, Estado de Veracruz, y cerca de los límites con el Estado de Tabasco, la Gerencia de Exploración propuso que se explorara el flanco occidental del domo salino mediante tres perforaciones que alcanzaron entre 4,990 y 6,980 pies de profundidad y rindieron un total de 3,509 barriles por día en zona por completo independiente de la reconocida productora de ese campo.

En Tancoco, Municipio del mismo nombre, del Estado de Veracruz, se logró otro éxito basado en información geológica superficial a 10 kilómetros al Oeste de la Faja de Oro, mediante un pozo venturero que a 3,463 pies rinde 315 barriles por día. La trascendencia de este descubrimiento radica en que apunta la posibilidad de que al Oeste de la legendaria Faja de Oro existan acumulaciones de importancia.

En el Estado de Tamaulipas, a 15 kilómetros al Suroeste del campo productor de Reynosa, se perforó el pozo Monterrey número 3, que a 6,400 pies de profundidad y en las arenas “Frio”, rinde 3,500 barriles por día de petróleo ligero de alto valor comercial.

México, D. F., a 8 noviembre de 1950.

carabina: —Ve, hijo —le dice— a cumplir con tu deber.”

Del 61 al 80 predominaron los Liberales. En la guerra del 60 toma parte otra vez esa alma sensitiva y con aliento mesiánico como su raza. En aquella dolorosa peripecia, Jorge Isaacs está del lado de los que combaten, contra la ambición frustrada de Tomás Cipriano Mosquera. Pero entretanto —“Dios sabe cuándo y por qué hace esperar a aquellos a quienes quiere bien”—, el alma trémula y receptiva de Isaacs se enriquece al contacto del paisaje y de las montañas de Antioquia. Y esto sin dejar de guerrear. (Mi querido Bernal Díaz del Castillo, que es a quien recuerdo ahora, inmaduro novelista del pueblo, escribía sobre el cuero tenso del tambor su magnífica *Historia de la Conquista de la Nueva España*.) Quiero señalar cómo en el errar de la campaña escribe Isaacs mucha de su poesía.

Extraña la vida de aquellos egregios varones hacia los cuales debemos estar haciendo siempre camino de retorno, pues extraemos luz y esperanza, y llama, que calienta la desesperanza, y la enciende hasta la fe. Isaacs vivió en el mismo siglo de Martí. Martí es poesía, y sacrificio y faro. A Martí le tocó ser, creo, hasta algo así como tenedor de libros en Nueva York. Pero Martí había nacido para otro menester. Sin embargo sacrificó y nos sacrificó a nosotros, una estupenda creación lite-

raria por la libertad de Cuba. Bello sueña en Venezuela, pero desde Londres, y se va a Chile. Allí organiza y legisla y pone en orden la lengua; y lo demás. Lastarria, el teórico del liberalismo chileno, amargado. Hostos, ejemplar, sembrando enseñanza en distintas latitudes. Juan Vicente González, a quien conocemos todos tan bien. Y Cecilio, el dulce y sabio cuyas *Cosas sabidas y por saberse* nos las debíamos aprender de memoria los venezolanos. Cecilio melancólico, rico de fe y de sabiduría pero casi un Robinson. Y tantos americanos de áspero destino. Meditamos, soñamos. Ellos como Isaacs se confundieron en América y son ella misma. La mirada da un viraje y se mete entre la niebla densa... por fin el perfil de un paisaje claro: el pasado. Una realidad dura pero hermosa: América.

Sí. Comprendemos. Queremos, lo deseamos con todas las fuerzas, mantenernos serenos en la contemplación de una dimensión de la historia de nuestros pueblos, de esa historia que también nos pertenece, en cierto modo, a nosotros. Cuya responsabilidad no puede eludir nadie porque está desacreditado el expediente de descargo: Yo no estaba en el puente de mando. Estaba pensando en la vida de un colombiano ilustre: en Jorge Isaacs. A través de esa vida atormentada en que hay poca alegría y mucha amargura y fracaso, lucha y desventura. A lo largo de la

existencia de Isaacs, me pregunto: ¿es justo que las cosas ocurran de ese modo? Pero volvamos al gran novelista de *María*.

Creo es interesante hacer conocer un poco más la forma en que el poeta colombiano concibió y alumbró la novela inmarchitable, junto a la cual los tontos pasan: "Ah, Jorge Isaacs y su *María*, la novela de un romántico." Y se quedan tan frívolamente pedantes, como si conocieran de veras la vida de un eximio y combativo soñador de Colombia.

Lo que estaba sudando y sufriendo y *descrestándose*, como dice el habla popular de Chile, el poeta cuando concibió esa novela, la cual califican unánimemente Concha Meléndez y Benjamín Carrión, como la primera novela que se escribe en Hispanoamérica.

Estaba Jorge Isaacs como subinspector del camino de Buenaventura. Naturaleza hermosa, sol sofocante, reptiles venenosos, paludismo acechando por todas partes. Dirigía 300 ó 400 obreros que lo adoraban. Cuando su gente trabajadora descansaba, extenuado: "Trabajé y luché hasta caer medio muerto", sueña en su amado Valle del Cauca. En un rancho, a la luz de la lámpara, un soñador acompañado por las estrellas, va escribiendo...

Allí estuvo un año, del 64 al 65. Lo sacan con paludismo para volverlo a la región nativa: al Valle. En la convalecencia, siempre en diálogo con su paisaje, concluye *María*.

Es un costado de la vida de Jorge Isaacs que seguramente desconocían algunos. Con el remordimiento de haberlo maltratado en artículo volandero, finalizo mis cuartillas. Con el remordimiento de otros, que hago mío, de que

en América nos conociéramos tan mal —¡pero si hasta en la propia casa venezolana!—. Se despacha a la gente con una frase. O con un preconceito. No se le pregunta, como a Isaacs, qué fué aquello en que soñó, y por qué estuvo en la vida con éstos o aquéllos pasos.

Cada profesión tiene su lote. Creo, lo dice Montesquieu en su *Espíritu de las leyes*. Isaacs aceptó en Colombia el que le tocó como intelectual de su tiempo. El epidemiólogo va hasta con miedo a la población contaminada. El militar, cuya vocación ha definido tan bien otro soldado escritor, Alfred de Vigny, sabe que su deber es avanzar sereno contra la metralla.

Es la explicación de por qué el autor de una novela idílica, fué también un denodado ciudadano de Colombia: Jorge Isaacs.

FELIPE MASSIANI, en *Tribuna Israelita*. México, agosto, 1950.

La cultura y sus exigencias

Cultura es la actividad espiritual específica que tiene preponderantemente por objeto el desarrollo pleno y armónico de la *humanidad* en el hombre y, a través de éste, el contenido humano, en su más rica diversificación, de una nación, de un pueblo. Así entendida, la cultura es un todo organizado desde dentro, que se traduce en una multiplicidad de estructuras objetivas, y que presupone exigencias y nexos operantes.

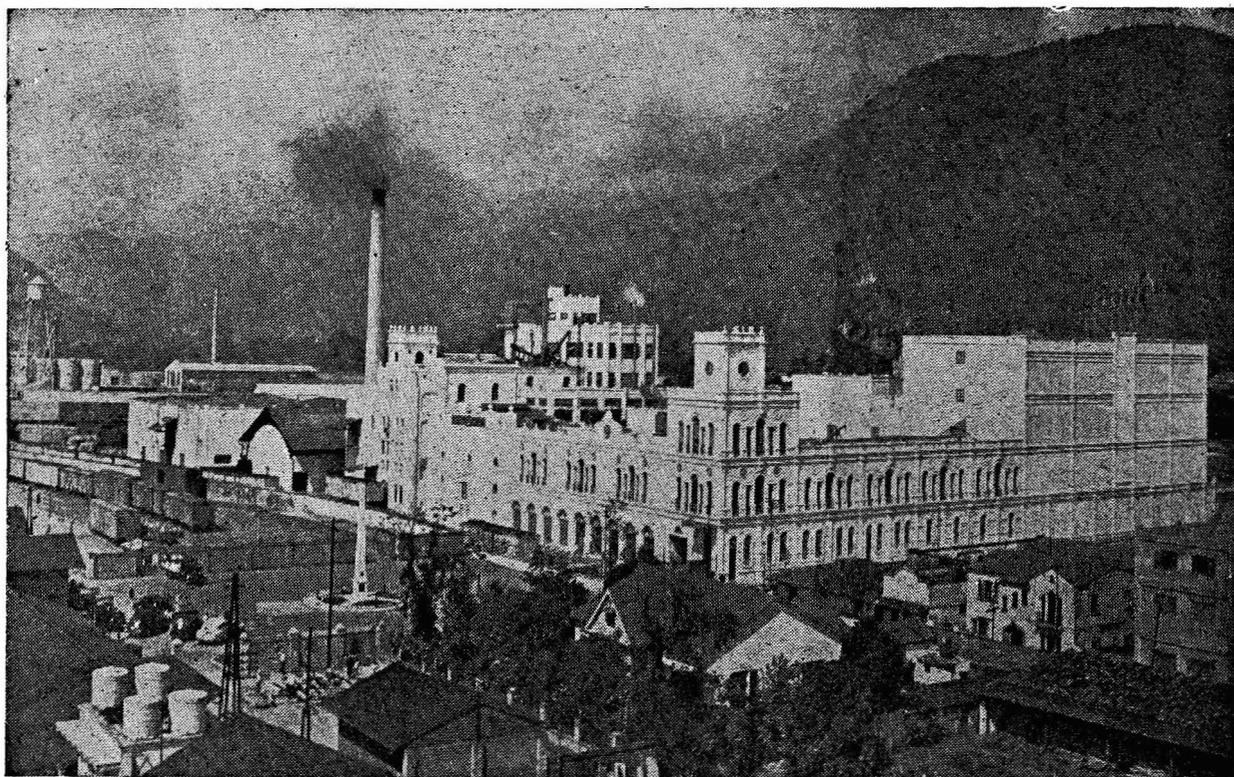
Los vínculos esenciales de la cultura, así como las tareas específicas que de ellos se derivan, sólo se integran en una unidad viviente cuando se identifican con el espíritu y el destino de la na-

cionalidad en cuyo servicio están llamados a funcionalizarse orgánicamente. La vocación para la esencia de la comunidad nacional es también vocación para la cultura y sus direcciones fundamentales, concebida ésta como voluntad apasionada para cumplir plenamente, en el plano de valores y aportaciones universales, la misión histórico-espiritual de un pueblo.

La cultura y sus formas no es asunto que concierna a una consideración puramente teórica sin consecuencias prácticas y al margen de la realidad histórica; no es algo que quede confinado en la esfera de una sedicente pura contemplación, sin eco ni resonancias en la vida cotidiana de los hombres y en los afanes y necesidades superiores de la nación, tales como éstos se troquelan políticamente en el Estado. Todo afán cultural, cuando es auténtico, supone, por el contrario, activa participación en el destino de la comunidad y en sus rumbos históricos. Recordemos a este respecto la altísima lección de Grecia, creadora de ciencia y cultura. Es sabido, aunque frecuentemente olvidado a causa de erróneas interpretaciones y tergiversaciones, que la teoría, entre los griegos, no surge a causa de sí misma, por la teoría misma, es decir, para ser pura consideración de las cosas, sino que ella acontece en la pasión del hombre griego por aproximarse a la oculta esencia del cosmos, de las cosas todas, para adueñarse, a título precario, sin duda, de sus posibilidades y ponerlas al servicio de su propia comunidad social y estatal. Los griegos, precisamente, se empeñaron por concebir y realizar la teoría, toda teoría, y sus consideraciones de carácter interrogante, como el modo más alto

de operar, de estar activo, del hombre. El griego, fiel a este sentido, no tiende a asimilar la *praxis* a la teoría, sino que, a la inversa, se esfuerza por comprender la teoría misma como la suprema realización y remate de una auténtica *praxis*. De aquí que los griegos no hayan considerado la ciencia como un bien cultural, en el sentido de un saber ya logrado y cristalizado, sino que la concibieron como el ambiente propio de la existencia del pueblo y del Estado. No fué tampoco para ellos un mero medio para tornar consciente lo inconsciente, un foco de luz para iluminar la tiniebla cósmica con el exclusivo fin de satisfacer una curiosidad cognoscitiva, sino el tenso esfuerzo, la potencia que circunscribe, penetra y mantiene alerta la total existencia de la comunidad. Inspirándose en este comienzo y atenta a retomar, hoy, la ciencia, y, por tanto, el saber y la cultura, que son brotes de este magnífico germen aportado por la vida griega, deja cada vez más de ser un azar o la comodidad filistea de un menester sin riesgos, tendiente a un mero progreso o acumulación de conocimientos, para devenir la más íntima necesidad de la existencia social. Interpretando el sentido de este comienzo de la ciencia y del saber, en Grecia, Heidegger nos dice que la actividad científica, el interrogar que a ésta caracteriza de modo esencial no es el simple pre-estadio que conduce a la respuesta y al conocimiento, y que por lo mismo cabe superar, sino que el interrogar mismo llega a ser y se impone como la más alta estructura del saber. Es así, entonces, que el interrogar desenvuelve su peculiar fuerza para la inferencia y develación de lo esencial de todas las cosas. Precisamente, la fuerza acuciante de este interrogar quiebra el encapsulamiento de la ciencia y del saber en disciplinas particulares, en compartimientos estancos, y, tras rescatarlos de su desorientada dispersión en dominios y parcelas aisladas, los entrega de nuevo a la actividad fecundante de todas las potencias propias de la humana existencia histórica, potencias que, movidas por imperativos existenciales, llamamos Historia, Idioma, Costumbres, Pueblo, Estado, Economía, Técnica, etc.

La voluntad esencial para la cultura, así entendida, crea para un pueblo, consciente de su propio esfuerzo y del destino a que se encamina, su verdadero mundo espiritual, mundo constantemente librado a todos los riesgos y peligros: Lo espiritual, aquí, no es de ningún modo un inane y cristalizado elemento superestructural, del que una comunidad pueda servirse eventualmente. En su sentido verdadero y viviente, *espíritu*, como lo subraya Heidegger, no es vacía agudeza, ni el juego irresponsable del ingenio, ni el hacer ilimitado del análisis mental, ni tampoco la razón cósmica, sino que, en ahondada acepción existencial, espíritu es decisión originaria y sapiente para



CERVECERIA MOCTEZUMA, S. A.
ORIZABA, VER.
Fabricantes de: XX - SOL - XXX - SUPERIOR

la esencia de las cosas y de la historia. El mundo espiritual de un pueblo no es la superestructura anodina de lo que común y erróneamente se suele llamar cultura, tampoco algo así como una especie de arsenal para conocimientos y valores susceptibles de aplicación o de utilidad, sino que tal mundo entraña el más profundo y activo poder de conservación de las fuerzas que en un pueblo están adheridas a la estirpe, al idioma, a la tierra. Sólo por la existencia de un mundo espiritual, un pueblo, una comunidad nacional, puede tener, en el ámbito universal de la historia, acceso a la grandeza.

Así concebida, en función de la existencia de un pueblo, la cultura es, en sus direcciones específicas, convivencia, orientada en un destino social e histórico. Lo es porque la existencia, toda existencia humana, es coexistencia, porque el carácter histórico de la existencia del hombre hace de ella un acontecer con otros, un co-ocurrir. Y este acontecer, movilizado por supuestos anímicos y espirituales y orientado hacia fines concretos, viene desde su raíz determinado como destino, y lo que se llama destino no designa otra cosa que el acontecer fundamental de la comunidad popular. El acontecer efectivo de la concreta existencia del hombre, y del grupo humano en que ésta se articula, es determinado, pues, básicamente por su destino, el que sólo está llamado a realizarse en el seno de las generaciones, en su clima histórico. Estos principios y postulados, que surgen de una interpretación existencial de la cultura y sus vínculos esenciales, no bosqueja una vida fácil, plácida, exenta de problemas e inquietudes cruciales, sino que, por el contrario, implican toda una ética del riesgo, una incitación a afrontar, sin vacilaciones y sin cobarde pusilanimidad, la extrema incertidumbre respecto al mundo, a las cosas y a las contingencias históricas.

Una nueva libertad, oreada por el soplo de las grandes afirmaciones vitales, se abre paso en el mundo. Es una libertad de signo positivo, que consiste precisamente en imponerse a sí mismo la ley, la ley ineludible de un destino. A partir de esta nueva libertad, de la que ya está grávida la hora dramática que está viviendo el mundo, nacen y se desarrollan para las nuevas generaciones, para las promociones juveniles de todos los pueblos, obligaciones esenciales a instaurar y cultivar y servicios a prestar a la propia comunidad nacional.

La primera obligación que surge en forma imperativa, para las nuevas promociones de la nacionalidad, es la que las ata a la comunidad popular. Este vínculo obliga a una participación cooperante en los esfuerzos, cuidados y capacidad productiva de todas las clases y miembros de la comunidad, y se traduce por el servicio de trabajo. La segunda obligación es la que se instaura con el honor y el destino político y espiritual de la nación en medio de

los demás pueblos. Vínculo que exige una celosa disposición para afirmar y mantener la soberanía de la nación; disposición asegurada en el saber y poder, y que es mantenida tensa mediante una estricta disciplina, voluntariamente aceptada. Esta obligación se concreta en el servicio de defensa e incumbe en parte principal, y como exigencia civil, a la juventud en trance de acceso a la responsabilidad por la vida y el destino de la patria y sus bienes. La tercera obligación es la que identifica moral y vitalmente a los cuadros juveniles, a las nuevas promociones, con la misión espiritual del propio pueblo en su progresión como comunidad estatalmente organizada. Y ya sabemos que un pueblo, para laborar con fecundidad y ahondar conscientemente en su peculiar destino, tiene siempre que conquistar de nuevo su mundo espiritual, y esforzarse hacia esta meta permanente en la medida en que su historia está presente y operante en las potencias troqueladoras del ámbito de la existencia humana y de sus realizaciones sociales. Esta tarea, para la cual el pueblo reclama de sus conductores espirituales y dirigentes la severa cla-

ridad y visión del más alto saber, se concreta en el servicio de saber. Para las generaciones estudiantiles, que hoy toman parte apasionada en los grandes anhelos del mundo, el servicio de saber no puede ni debe seguir siendo únicamente el sórdido y rápido adiestramiento para una profesión principal, encarada con criterio puramente lucrativo. Ese saber no es tampoco una plácida toma de conocimiento de esencias y valores en sí, sino que él, su logro, implica la decisión para afrontar el constante riesgo a que, en medio de los vaivenes de la vida histórica universal, está consignada la existencia individual y colectiva.

Las tres clases de servicio —servicio de trabajo, servicio de defensa y servicio de saber— son, desde el punto de vista de la persistencia de la comunidad nacional, necesarios y poseen el mismo rango. El saber para el pueblo y el saber que se mantiene alerta en lo que toca al destino del Estado crean, juntamente con el saber al servicio de la misión espiritual, la verdadera y plena esencia de la ciencia, en su sentido fundamental e integral, y, por ende, de la cultura, cuya realización e incremen-

to incumben a las Universidades e Institutos Superiores. Así se forma la comunidad de la cultura, cuya meta y cuya labor está inspirada en los intereses permanentes del pueblo y la nación.

Las tres obligaciones discriminadas se compendian en la sola e indestructible obligación que vincula la existencia humana al destino terreno de una nacionalidad, la que únicamente por la conquista de su mundo espiritual, asciendo a su propia grandeza, es decir, se realiza históricamente.

CARLOS ASTRADA, en *Revista de Cultura* del Ministerio de Educación de Buenos Aires. Agosto, 1950.

Las grandes interpretaciones del "Quijote"

En respuesta a la magnífica recepción brindada al Quijote por pueblos como Inglaterra, España ha prestado cada día más interés a la obra de Cervantes. Ello a tal punto que los comentarios han rebasado el área y los marcos de la crítica, instalando valoraciones filosóficas, religiosas y ético-sociales de cuantía. Sobre todo en los tiempos modernos. La España que vió apagarse en Calderón al último de sus genios literarios, hundiéndose tras esa muerte en el peligroso arrellanamiento del siglo XVIII, no era ciertamente la España capaz de volver a hacer salir al Quijote al camino. En 1783, recuérdese, en balde suena la voz profética de Aranda, el último político peninsular de envergadura. La irrupción de don Quijote en la obra y destinos de España corresponde al siglo XIX, o sea a la centuria que se inicia con un 2 de mayo. Costa, Giner de los Ríos, Picares, etc. empiezan a ver claro en el paisaje integral de su patria. Hablan con la exageración del hombre movido por la más generosa de las pasiones —la pasión de la patria— de cerrar con siete llaves el sepulcro de todas las tradiciones. Necesita avanzar el país. Situarse en el plano que le corresponde en los modernos tiempos. Todo esto en contradicción con la corriente general, dentro de la cual ya había funcionado, inclusive, un gobierno republicano incapaz de entender a Martí. O sea absolutamente ciego ante las realidades de América. Llega así el 98; España pierde sus colonias últimas en América, juntamente con las Filipinas.

Espiritualmente se requería, pues, algo más que glosar el Quijote...

Era preciso volverle a equipar; pero esta vez ya transfigurado en un ente capaz de poner en consonancia con un propósito colectivo y moderno, toda su pre-histórica potencia bélica y moral. O sea, don Quijote hecho pueblo por obra de su contacto con Sancho, pese a la circunspección traidora de los duques y los barberos, de los bachilleres, amas y sobrinas del mundo. Las valoraciones últimas tienden, por lo menos, a ello. A hacer que se movilice la españolidad y asista, plenamente despierta, a las modernas realidades de la historia

ESCUDE SU BOLSILLO

COMPRANDO EN EL

Nacional Monte de Piedad



FUNDADO EN 1775

N.

LIBROS DE HISTORIA. INGENIERIA. MEDICINA. MECANICA. MATEMATICAS. CIENCIAS QUIMICAS. ARTE, ETC.

AL 40%
DE SU VALOR ORIGINAL. ASI COMO PLUMAS, FUENTES, LAPICEROS, ESTUCHES DE DIBUJO, REGLAS DE CALCULO, Y MILES DE OTROS OBJETOS MAS. QUE ES MEJOR QUE USTED LOS VEA.

M.

de

APARATOS CIENTIFICOS
TEODOLITOS, NIVELES,
PRISMATICOS, GEMELOS,
INSTRUMENTAL DE CIRUGIA,
PLANCHETAS,
INGENIERIA ETC. ETC.



EN DONDE SU DINERO VALE MAS

P.

NO DEJE DE VISITAR CONSTANTE Y MINUCIOSAMENTE EL NACIONAL MONTE DE PIEDAD EN DONDE ENCONTRARA NUEVAS OPORTUNIDADES DE TODO LO QUE USTED NECESITE.

occidental y mundial. De aquí el carácter doctrinario de las concepciones de la mayor parte de los prohombres del 98.

Para Angel Ganivet, el Quijote es España. Ha sido creado y formado por esta nación cuya tradición de independencia no podía encarnar sino en un héroe de la caballerescas, incapaz de rehuir la lucha contra el propio ridículo. Lucha ésta de la que sale transformado en un campeón contemporáneo. España, dueña de un espíritu apasionado, pertenece al Africa, no habiendo sido cómplice de la podredumbre de Europa. Si fracasó España en América, ello fué porque las colonias de ultramar pronto se occidentalizaron, dando la espalda a un gran propósito —dice con garbo, aunque no con toda justicia, el granadino. España debe volver a la lucha, continúa, inaugurando en Africa algo que los europeos jamás podrán hacer allí. España, o sea don Quijote, podrá utilizar en esta empresa al árabe, que de esta manera, será su escudero. El pensamiento de Ganivet, como podrá verse, es interesantísimo. Anticipó el de Unamuno en muchas direcciones, fué el primero en señalar que el sentimiento, no el conocimiento, es el que da la posesión de una cosa; no basta conocer algo para que este algo sea nuestro: precisa que le sintamos nuestro. Unamuno después habría de hablar de un sentimiento trágico de la vida. Tal Ganivet y tal su mensaje apasionado —quijotizado, por mejor decir.

Pero el sentido más noble del quijotismo habría de ser revelado, en toda su trascendencia, en ocasión del tercer centenario de la aparición del Quijote. Esto es: en 1905. La *Vida de don Quijote y Sancho* del gran don Miguel de Unamuno lleva esta fecha. Allí invita el autor a España a rescatar el sepulcro del hidalgo de la aventura; sepulcro que está guardado por todos los fariseos, por todos aquellos que aparentando seguirle, le han traicionado. Unamuno piensa que una locura que se hace colectiva, deja de ser locura y pasa a ser el ideal apasionado de un pueblo. Su inspiración más cara. Sancho, de esta suerte, no es el oponente de don Quijote, sino su complemento. El pueblo bueno y saludable. El anti-quijote es Carrasco, el bachiller. O sea el espíritu intelectualizado que hace bandera de la prudencia de la sobrina, el ama y el cura. Las almas medidas y escépticas, en suma, para quienes todo heroísmo es locura. Unamuno lleva a sus últimas consecuencias filosóficas y pragmatistas su prédica quijotista en el libro llamado *El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, planta ahí a don Quijote en medio de la tragicomedia europea, afirmando por su intermedio lo substancial de España.

Maeztu es otro miembro de la generación del 98. A él correspondió plantear, por vez primera en España, el problema de la decadencia. Lo hizo en ocasión de las fiestas organizadas para

celebrar el tercer centenario del libro maestro. El Quijote, siendo tan grande, es el libro de la senectud de un pueblo, dice. Nos están llamando sus páginas, a través de las aventuras de mentes del héroe, al reposo, a la tranquilidad. Ya no era hora entonces para España de acometer grandes empresas; de seguir las realizando. Libro sabio por esto, concluye. Si España hubiera vivido en tales días momentos que no fueran los de su cansancio, otro hubiera sidó el espíritu de la novela. Maeztu, sin embargo, peca por generalizar algo particular. Entonces, justamente, lo español empezaba a rebasarse a sí propio de una manera universal. Cervantes mismo contempla a su patria desde un mirador más amplio que los miradores locales: la contempla desde Europa y casi desde América, a la cual intenta pasar. Ramiro de Maeztu pasa por alto, pues, que la postración dentro de su área geográfica no representa trascendentalmente mal alguno, sobre todo cuando las mejores fuerzas suyas se desplazan y actúan universalmente sin desmentir su origen. Lo mejor español está invivito en América.

Francisco Navarro Ledesma, el amigo fidelísimo de Angel Ganivet, dice su fe quijotista en la oración en forma de biografía que se llama *El ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra*. Navarro Ledesma reclama allí, con toda justicia, que toda valoración del Quijote parta de una base humana de la vida del autor. Además, para este honradísimo escritor, el Quijote equivale, igual que para Unamuno, a toda una filosofía y una religión. Alonso de Quijano es un ser de energías sobrehumanas. El sólo vale por toda una crítica de la razón pura, representando Sancho su complementación kantiana por la razón práctica.

José Ortega y Gasset, por último, medita sobre el Quijote, aduciendo que no ha nacido todavía espíritu capaz de capturar cuanto involucró Cervantes de ironía y sentido crítico en sus cosas. A capturar la esencia del mensaje cervantino se aplica el filósofo, produciéndose en interesantes páginas en las que marca cómo en la confluencia del mito —de esencia poética— con la realidad más cruda —novela moderna— reposa el mérito fundamental de la obra.

VICENTE MAGDALENO en la Revista *Calida Fornax*. México, septiembre 1950.

Recado sobre Morelos

En el reloj de piedra y sol de Valladolid de Michoacán, donde los cantos del amanecer se quiebran en el corazón de una rosa, se ha detenido la luz de la alborada, se han parado los cuatro vientos. Dos curas, Hidalgo, el maestro, y Morelos, el discípulo, rezan. Y rezan de los maitines al ángelus. Rezan, como Dios manda: Por la justicia, por la libertad. Por el pueblo. En el reloj se ve colorear una esperanza.

Hay un compás de espera. Llega el 16 de septiembre. En Dolores, el cura

Hidalgo hace que la lengua de bronce cante. Toca a gloria, a fuego, a guerra. Se estremece de júbilo una nación en vela de esperanza de tres siglos atrás. En Valladolid las torres, hasta los patios de la compañía, los claustros del colegio se tiñen de rubor. Como despertando al goce de la primera aventura.

Ellos mismos, los dos curas, ensillan sus caballos. Salen a los campos, a las aldeas, a las plazas grandes, para decir en voz oratoria desde los pulpitos, desde los balcones, desde el caballo, las mismas oraciones que *in peccatore* rezaban en los claustros del colegio. Aletazos de una bandera grande que sacude el trapo bajo todos los cielos de México, son sus palabras que, como Dios manda, están inspiradas por la justicia, por la libertad. Por el pueblo.

Muere el cura Hidalgo. Lo han fusilado, como han fusilado a Mariano Balleza, Ignacio Hidalgo, fray Bernardo Conde, fray Pedro Bustamante, fray Carlos Medina, fray Ignacio Jiménez: todos eclesiásticos, todos de la Virgen de Guadalupe, todos guerreros de la Independencia. Queda el cura Morelos. ¡Qué soldado! Da espanto a los realistas, a los opresores, a los ministros del rey, a la falsa iglesia, ver la estampa de este caudillo tremendo, afirmativa en su palabra revolucionaria, cuya bandera sigue dócil, mansa camino de la guerra, la infinita muchedumbre de indios a quienes se les ve el cobre en la cara y el oro en el corazón. El obispo electo de Michoacán, Abad y Queipo, escribe al Virrey Calleja: "Los oficiales mismos (españoles) hablan de este idiota (Morelos) como un héroe extraordinario... Morelos tiene a su disposición la masa del pueblo..."

Ciento cincuenta y tantos curas se han enrolado en las tropas insurgentes, enarbolando esas banderas de la justicia y la libertad, las banderas de los humildes, como Dios manda. Morelos no abdica de su religión. Lo que él ha leído en los Evangelios no puede servir de escudo a los hechizados reyes de España para desconocer su derecho a los millones de cristianos que pueblan el continente americano. Morelos ha dictado estas sentencias en la constitución de Chilpancingo: "La religión católica, apostólica, romana es la única que debe profesar el estado..." Todas las personas gozarán de las garantías de la constitución "con tal que reconozcan la soberanía e independencia de la nación y respeten a la religión católica..."

Cuando Morelos se dirige al obispo de Oaxaca para que influya en la rendición de la plaza, sus palabras tienen un acento que de inmediato recuerda documentos semejantes de Bolívar: "Tiempo es ya, ilustrísimo señor, de no cerrar los ojos temerariamente a este golpe de luz que la providencia le proporciona en beneficio de su grey. La leñidad de su estado y, lo que es más,

su alta jerarquía como sucesor de sus apóstoles, reclaman de V. S. I. aquel amor tan repetidamente exigido a Pedro por su Divino Maestro para que le apaciente dignamente su rebaño. No es ocasión ésta de fulminar censuras y dispararlas como rayos, prevaleciéndose de la cristiandad de los pueblos, con ofensa y violencia de los respetos de la Iglesia Santa, para aterrorizar y conseguir una obediencia forzada que sólo hace hipócritas y disimuladores..."

Pero una buena porción de la iglesia está más por el rey de España y la tiranía de sus ministros que por el pueblo de México y su amor republicano. Por eso se fusila en Valladolid al cura Matamoros, brazo derecho de Morelos. Por eso el doctor Antonio Ibáñez de Corbera, tesorero de la Santa Iglesia de Oaxaca, que ha jurado obediencia a la constitución republicana de Morelos, escribe luego al Virrey Calleja: "Todos juramos exteriormente aquella obediencia con risa y desprecio interior." Por eso ante el Tribunal de la Inquisición el Ilmo. Sr. Tirado, promotor fiscal del Santo Oficio, acusa a Morelos de "hereje formal, apóstata de nuestra sagrada religión, atea, materialista, desta, libertino, sedicioso, reo de lesa majestad divina y humana, enemigo implacable del cristianismo y del estado, seductor, protervo, hipócrita, astuto, traidor al rey y a la patria, lascivo, pertinaz, contumaz y rebelde al santo oficio..."

¡Virgen de Guadalupe! El cura Pepe Morelos ha caído en malas manos. Allá va, por los campos verdes, su caballo suelto, su caballo loco. El santo oficio juzga y condena a don Pepe Morelos. Con vela verde en la mano, sin cuello ni ceñidor y de sotana corta, ha de atravesar, de una punta a la otra, la nave de la iglesia, para que le despoje el obispo de sus vestiduras. Los ojos de obsidiana de los inquisidores se le clavan en la frente, en la espalda, en el pecho, por deísta, por materialista, por hereje formal negativo...

En seguida, hay orden del Virrey Calleja. En San Cristóbal Ecatepec se forma el pelotón, se encienden las mechas, se oye y se cumple la orden de fuego. El cura cae, y por los huecos que le hacen las balas se le va la sangre. Aquello era en un 22 de diciembre, muy cerca —¿no se daban cuenta?— de la Navidad. El pueblo miró aterrado aquella noche fría a las estrellas limpias. Pronto la sombra de Morelos, dorada, se vió llevada de la mano de la Virgen de Guadalupe. México fué llenándose de 16 de septiembres, que multiplicaban los repiques de Dolores. Los inquisidores se deslizaron por los subterráneos. Y el cura Morelos, tocado de mito, andando por los campos aztecas, volvió a montar en su caballo. Lo encontró de bronce. Tal como lo véis entre las piedras rosadas de Morelia. ¡Porque ya no se dice Valladolid, sino Morelia!

GERMÁN ARCINIEGAS, en *La República*. México, 1º octubre 1950.